

El otro muro de Berlín

Jesús M.^a Vallarino *

CUANDO en la hora cero del 3 de octubre de 1990 pudimos presenciar, a través de la televisión, la solemne ceremonia de la proclamación oficial de la reunificación alemana, muchos creímos que el proceso político y social que se iniciaba ante una masa de gente enardecida frente al Reichstag podría restañar, en plazo relativamente breve, las heridas abiertas durante más de cuatro decenios de postguerra. No era un optimismo infundado: de hecho, los alemanes derrotados en 1945 consiguieron con sorprendente rapidez, a fuerza de trabajo, sacrificio y organización (y la ayuda del Plan Marshall, todo hay que decirlo) levantar la nación, humillada, destruida, desmantelada y acosada políticamente por los aliados vencedores, a un nivel tan alto, que pudo calificarse mundialmente como «el milagro alemán». Claro que el progreso económico no alcanzó la misma altura en las dos Alemanias. La Alemania Oriental quedó manifiestamente debajo de la Occidental, por más que, en relación con los demás países del «telón de acero», se situase a la cabeza del desarrollo industrial. Ambas Alemanias, sin embargo, quedaron capitidismuinuidas en su desarrollo político, sometidas a la tutela de los Aliados, privadas de la plena soberanía nacional. Aunque en diverso grado: Alemania Oriental, autodenominada República Democrática, de

* Profesor de Literatura. Colegio de N.^{ta} S.^{ta} del Recuerdo. Madrid.

hecho dictadura comunista, férreamente sometida a la URSS. Berlín quedó como una «isla» dentro de Alemania Oriental, sin pertenecer jurídicamente a ninguna de las dos Alemanias, sometida directamente, mediante un «status» singular, al control legislativo y gubernativo de las cuatro potencias aliadas, que dividieron la ciudad en los correspondientes sectores (soviético, francés, inglés y americano), por más que los rusos fueron distanciándose, acentuando progresivamente su hostilidad hasta atreverse a implantar el bloqueo de acceso terrestres al sector occidental, y en 1961 a erigir el tristemente famoso Muro de Berlín, que perduraría hasta noviembre de 1989.

Unificación en marcha

LA palmaria desigualdad de nivel económico entre las dos Alemanias impuso, desde el primer momento, una intervención tutelar de la República Federal sobre Alemania Este. Ya meses antes de proclamarse la unificación oficial, se decretó la primera medida correctora: unión monetaria, una sola moneda, el marco occidental. Si tenemos en cuenta que en el cambio *real* se cotizaba un marco occidental por cinco marcos orientales, la medida unificadora era, por el momento, un tanto temeraria y, para bastantes ciudadanos orientales, posiblemente traumática.

A partir de 1991 fueron paulatinamente entrando en vigor otras resoluciones. Ante todo, la creación de un organismo estatal («Treuhand»: Administración fiduciaria), encargado de asumir el patrimonio de la ya extinguida República Democrática Alemana (RDA), que, como Estado colectivista, comprendía vastas propiedades de bienes raíces y empresas industriales, agrícolas y de todo tipo, provenientes de expropiaciones o de forzadas incautaciones —auténticos expolios— a sus legítimos propietarios. En la práctica, dicho organismo se constituyó como si fuese un gran ministerio gubernamental, con la misión de privatizar toda la «herencia» de la RDA. De hecho, el paso del tiempo, ha facilitado la venta de cadenas de hoteles, grandes almacenes, empresas industriales, astilleros, estudios cinematográficos, etc. Otras medidas correctoras sobrevinieron: unificación de prefijos telefónicos y postales, absorción por «Lufhansa» de la compañía aérea oriental «Interflug», unificación de emisoras de radio y televisión, fusión y privatización de las dos compañías ferroviarias

(DB y DR). Se ha puesto la primera piedra de la futura Feria de Leipzig, cuya gigantesca dimensión superará los límites de este tipo de muestras. Y ya está decretada la próxima privatización de Correos, Caja Postal y Teléfonos. Progresan la mejora de infraestructuras viarias de carreteras, ferrocarriles y canales; actualmente se construye el tendido Hannover-Berlín para trenes de alta velocidad, y está proyectado el tramo Hamburgo-Berlín para ferrocarril magnético, que recorrerá el trayecto en menos de una hora. En Berlín se fusionaron los transportes urbanos, restableciendo las durante tantos años interrumpidas comunicaciones Este-Oeste, restaurando los trayectos de metro cortados y abriendo al público las estaciones de Berlín Este clausuradas por los comunistas, tras la erección del muro, para impedir la repetición de las fugas de ciudadanos hacia el sector Oeste. Y ya está planeada la construcción de un nuevo aeropuerto al Sur de la ciudad. En otro orden de cosas, ya no se ven las interminables colas ante los comercios y es visible el cambio de actitud de funcionarios y empleados: han desaparecido los ademanes displicentes, la fría indolencia y la estudiada morosidad. Ahora el cliente vuelve a tener razón.

Por lo demás, resulta sorprendente el estado actual de las calles de Berlín Oriental. Un auténtico bosque de enormes grúas, fosos de cimientos, revoque de fachadas, asfaltado de antiguas calzadas, zanjas de conducciones de gas, etc. Insólito «boom» de construcción que durará bastante tiempo, supuesto el precario estado del urbanismo comunista durante más de cuatro decenios (¡Esas hileras de casas con sus fachadas renegridas, desconchadas y todavía con los impactos de balas de la guerra...!).

Se alza otro muro

LOS optimistas pronósticos de una rápida recuperación, basados en la analogía con lo acontecido al fin de la Segunda Guerra Mundial, en que el trabajo y la organización de los alemanes consiguieron el «milagro», quedaron pronto defraudados. Ni los más acreditados economistas habían vislumbrado la magnitud de la bancarrota de la RDA. Y mucho menos, los políticos, que, pasados los primeros meses de euforia unificadora, se vieron forzados a confesar su error de cálculo y anunciar, al mismo tiempo, que la recuperación de la economía del Este se prolongaría mucho más de lo inicialmente previsto. Un clima

de desilusión y descontento se fue difundiendo entre los alemanes orientales, hasta el punto de volver a retoñar pasadas disparidades, casi olvidadas, con sus conciudadanos occidentales. Se podrá decir que surgió otro muro, no ya de bloques de cemento, sino arraigado en el ánimo de las gentes, cuyas actitudes antagónicas cristalizaban en las respectivas denominaciones de *ossis* (del Este) y *wessis* (del Oeste).

Los bloques —invisibles— del nuevo Muro de Berlín pueden describirse así:

1) *Paro*

Proliferaban fábricas anticuadas, no rentables, la mayor parte sin posible modernización; otras, altamente contaminantes; inflación de organismos burocráticos, particularmente de la «Stasi» (Seguridad del Estado). El desarrollo de la productividad industrial y la libre competitividad comercial exigían el cierre o remodelación de muchas empresas estatales, con la consiguiente regulación del empleo y merma de personal. El fantasma del paro apareció por primera vez en las regiones orientales alemanas, que habían vivido durante más de cuarenta años bajo el paternalismo estatal de la economía colectiva. Aunque en muchas fábricas no se trabajasen más de tres horas dentro de la jornada laboral, todo trabajador conservaba su empleo y su sueldo. Ahora son muchos los que añoran la seguridad perdida.

2) *Precio de la libertad*

Durante muchos años, hasta finales de 1989, los alemanes orientales ansiaban ardientemente la libertad y un mayor nivel de bienestar, más cercano al que ya disfrutaban sus compatriotas de Alemania Occidental. Fueron muchos los que arriesgaron su vida, algunos hasta perderla, por lograr ser libres y aprovechar los incentivos del más avanzado progreso social. Pero la libertad, en un auténtico Estado de Derecho, tiene un precio que parecían ignorar los que habían nacido y vivido en un régimen comunista. Al admitir la libre competencia, se impone la necesidad de la iniciativa privada y personal. Y a esto no estaban habituados los obreros, empleados y burócratas de la extinguida RDA, donde toda la iniciativa era absorbida por el ingente y complejo aparato del Estado comunista. La tranquilidad de un porvenir seguro se vino abajo con el desplome del

Muro, y, con deprimente nostalgia, se echa de menos. Por otra parte, la rutina inveterada de varios decenios impele a soslayar las oportunidades más prometedoras. Algunos sacerdotes prefieren continuar las catequesis dentro de la parroquia en lugar de acudir a dar clases de religión en las escuelas públicas («Perdemos la identidad...»). Hubo reticencias también para hacerse cargo de las recién establecidas capellanías castrenses. Y muchos otros casos similares de falta de iniciativa ante las múltiples oportunidades que surgen espontáneamente en una sociedad libre.

3) *Arrogancia y susceptibilidad*

A partir del día 3 de octubre de 1990, el Gobierno Federal de Bonn asumió todo el aparato estatal de la extinguida RDA, ministerios, ejército, policía, etc. Inmediata ocupación: restaurar las marginadas libertades civiles y poner a flote la economía hundida en la bancarrota. Titánica tarea, atacada con entusiasmo y optimismo, por más que cada día fueran asomando nuevas e ingentes dificultades. La función proteccionista de los alemanes occidentales debía esquivar el peligro de parangonarse a una velada «colonización» de las regiones del Este. De hecho, en el transcurso del tiempo no pudo evitarse que fueran marcándose las diferencias. No pocos «wessis» (del Oeste) se comportaban con arrogancia en su trato con los «ossis» (del Este), manifestando su superioridad y provocando la envidia al ostentar su opulencia (bien visible, por ejemplo, en sus lujosos autos), insinuando a veces su desconfianza y recelo ante una supuesta colaboración con los comunistas. Y como muchas veces era al contrario, pues habían sido sus víctimas, iba fraguándose en bastantes ciudadanos orientales un amargo resentimiento de humillados y ofendidos. Susceptibilidad herida ante los que venían del Oeste «vendiendo protección».

4) *Borrón sin cuenta nueva*

La dictadura comunista establecida en Alemania Oriental dejó tras de sí una incommensurable secuela de agravios e injusticias, provocadas por la sistemática violación de los derechos humanos. Toneladas y kilómetros de papel han dejado constancia en los archivos de la «Stasi» (Seguridad del Estado), máximo organismo policial de la RDA. Víctimas fueron los presos políticos, los destituidos de sus cargos, los discriminados en el ejercicio de su profesión y los fusilados al intentar traspasar el Muro.

Víctimas todas, ciudadanos acreedores de pública satisfacción, siquiera póstuma, y, en lo posible, de indemnización, a ellos o a sus familiares más próximos. Incoados los juicios de responsabilidades políticas, hubo momentos en que parecía amenazar una *nueva* «caza de brujas» (antes fueron la nazificación y desnazificación). No fue así, desde el momento en que el primer y sumo responsable, el canciller Honnecker, pudo abandonar la cárcel y emigrar a América. Pero los juicios de responsabilidades siguen, y un número considerable de funcionarios, profesores, policías y militares pasan por el amargo trance de la depuración. Todavía más complicado es el problema de restituir en sus derechos a los propietarios de terrenos e inmuebles, injustamente expoliados por el Estado comunista. Para sus antiguos dueños o sucesores la normativa legal es clara: o restitución, o indemnización. En la práctica, con todo, tarea harto compleja, no sólo por la gran cantidad de títulos de propiedad verificables, como por la conflictividad de los litigios que se presentan. La restitución plantea problemas de desalojo de actuales ocupantes, con frecuencia traumático; la indemnización, al cabo de tantos años, siempre resultará insuficiente y, en alguna manera, casi simbólica.

5) *El aborto*

Antes de la reunificación, en la RDA regía una ley liberal (por no decir liberticida) que permitía abortar dentro de los tres meses de embarazo; en la RFA se prescribía una autorización de expertos (llamada «indicación») tras previa consulta obligatoria. Unidas las dos Alemanias, se promulgó una ley para su vigencia en todo el territorio nacional. Pero quedó en suspenso tras la apelación de un grupo de parlamentarios al Tribunal Constitucional («Bundesverfassungsgericht»), que lo devolvió al Parlamento para que corrigiese algunos puntos incompatibles con la Ley Fundamental. En el momento de escribir estas líneas continúan vigentes las dos distintas legislaciones. Es decir, respecto al aborto siguen existiendo dos Alemanias tras el nuevo Muro invisible.

Dos sentencias sarcásticas

ALGUNOS sectores de la población, más o menos minoritarios, han querido manifestar, no sin cierto cinismo, su desilusión y descontento, lanzando dos frases hiperbólicas.

En el sector oriental: «hay que reconstruir el Muro, dos metros más alto». Ha aparecido varias veces en letras de molde, en impresos y pancartas.

En el sector occidental: «Con el Muro vivíamos mejor». Con menor difusión que el anterior, circula oralmente.

Alemania 2000

PASADO el primer decenio de la reunificación y superada la crisis económica, es de prever que Alemania habrá alcanzado un nivel de progreso y bienestar, superior incluso, al que disfrutó antes de la Segunda Guerra Mundial. Será entonces imposible imaginarse un muro —aun invisible— de separación entre alemanes. Y mucho menos, añorarlo. Otros problemas pueden emerger con el relevo de generaciones.

¿Progresarán ciertos grupos políticos, hoy por hoy minoritarios, en la difusión de su xenofobia?

Con la conquista de una prosperidad desbordante y un impar poderío político, ¿sucumbirán los alemanes de nuevo a dejarse arrastrar por el huracán expansionista de la Gran Alemania?

Es de esperar que el clima político y social de la Unión Europea haya progresado de tal manera, que los demonios familiares germánicos sigan durmiendo el sueño... de los justos.